

El afán y los desafíos de la inclusión

Diego Castaño López

A veces estamos como sociedad enredados en quejas y pretextos, en gimoteos de brocha gorda como único procedimiento de contestación ante lo establecido y lo forzoso. A veces en el ámbito escolar nos ocurre algo parecido: nos cimbreamos al compás de la amargura, el abatimiento, cuando no de la molicie y de una vociferante animosidad. Nos tenemos que recordar cotidianamente que el papel de la educación en la evolución social es primordial. De hecho, invertir en educación es –sin ambages– la riqueza de un país, como muy bien señalaron, entre otros, los ilustrados Larra y Jovellanos.

Desde la *Ley Orgánica Reguladora del Derecho a la Educación (LODE, 1985)*, se viene incidiendo en el hecho de que la educación es un servicio público, asequible a todos y que ha de desarrollarse en igualdad de oportunidades. El proceso de enseñanza-aprendizaje tiene que abarcar competencias y permitir desarrollar valores que sustenten la práctica de la ciudadanía democrática, la vida en común y la cohesión social. Si todos los agentes implicados en ese proceso queremos actuar con sentido común y eficacia, debemos ser garantes, no solo del progreso de la sabiduría, sino también del pluralismo, la tolerancia y la dignidad del ser entre todos los ciudadanos de un país entero.

La educación como herramienta para formar personas que piensen por su cuenta, que sean capaces de colaborar con otros individuos para el objetivo fundamental del bienestar común. Educar y educarse como pasos de una vereda provechosa, principalmente, cuando nos ponemos en el lugar del otro y cuando no dejamos al otro sin lugar; y es que todos somos corresponsables en la construcción de una sociedad justa, tolerante y equitativa. Estos valores están inspirados en los *Derechos Humanos*, de carácter universal. El artículo 1 de este texto capital dice que: «todos los seres humanos nacen libres e iguales en dignidad y derechos y, dotados como están de razón y conciencia, deben comportarse fraternalmente los unos con los otros».

La urdimbre entretejida laboriosamente para alumbrar una tela primorosa, la educación, ese patrimonio común que se alimenta del pensamiento y de la creación de nuevas formas de vida más integradoras y respetuosas. La inclusión nos emplaza más

allá del horizonte escolar, aunque es aquí donde de manera más acentuada se reconocen, estimulan y utilizan los dones y talentos de cada cual en la mayor medida posible, porque todos tenemos particularidades y valías. En definitiva, las relaciones humanas son más profundas que las apariencias. Como señalara el filósofo alemán Hans-Georg Gadamer: «la educación es educarse».

Sociedad y escuela son un espejo en el que cada uno de estos ámbitos se interpreta, se compendia y se reconoce en el otro. Los problemas sociales son también problemas escolares y viceversa. La escuela tiene el cometido de escuchar, acoger, respetar y querer. El afecto es un aspecto neurálgico para el florecimiento de los aprendizajes. El alumnado tiene mucho que decir, hay que escucharlo, como premisa para una acción educativa respetuosa con la diversidad. En el proceso didáctico, el elemento central es cómo actuar, es decir, cómo enseñar y cómo aprender. La acción didáctica debe adecuarse a la situación real de nuestros alumnos, a sus capacidades, a sus intereses y a sus necesidades. Es por ello que el aula no es sólo un lugar para la adquisición de conocimientos, sino también un espacio para fomentar habilidades sociales tan importantes como la asertividad, la capacidad para hacer peticiones, expresar sentimientos y para emprender, mantener y acabar una conversación dentro de un código formal que nuestros alumnos deben ir dominando con vistas a un futuro personal inaplazable¹.

El mundo escolar está inmerso en una más que necesaria transformación. Además de la nomenclatura al uso (aprendizaje tradicional, significativo, colaborativo, etc.), se están extendiendo, a mi parecer por fortuna, prácticas basadas en la compleja sociedad de la información, multicultural y congregada en torno a un diálogo urgente y vital. Una de esas destrezas tiene que ver con el llamado aprendizaje dialógico, en el que la interacción y la comunicación son ingredientes clave. Es importante desde la diversidad reconocer las diferencias individuales de todo tipo en el aula. A veces se focaliza en exceso la atención en el alumnado con necesidades educativas particulares, con lo que se tergiversa la propia idea de integración. El punto de arranque debe ser la aceptación de la diversidad en el aula, incorporada en la comunidad escolar de forma viva, natural y positiva.

¹ El efecto transformador del diálogo es manifiesto: «el aprendizaje dialógico se produce en interacciones que aumentan el aprendizaje instrumental, favorecen la creación de sentido personal y social, están guiadas por principios solidarios y en las que la igualdad y la diferencia son valores compatibles y mutuamente enriquecedores». A. AUBERT; E. DUQUE; M. FISAS; R. VALLS. *Dialogar y Transformar. Pedagogía crítica del siglo XXI*. Barcelona: Graó, 2004.

Una de las prácticas más extendidas de esta concepción dialógica a la que antes hacía mención es la tertulia literaria dialógica, basada en la lectura dialógica, que es aquella que consiste en la lectura de un texto confiriéndole un sentido. Promueve la comprensión, ahonda en la interpretación, favorece el análisis crítico y propugna un diálogo entre todas las personas que se acercan a ese texto. El acto lector pasa a ser un hecho participativo, razonado, tolerante y respetuoso. El espacio puede abrirse, asimismo, a la biblioteca, a centros culturales y espacios comunitarios específicos, como residencias de la tercera edad, centros de drogodependientes, lugares de acogida de inmigrantes, etc.

La actividad da cabida a todos los niveles de Secundaria y Bachillerato. El libro que se propone es *El capitán Alatriste*, de Arturo Pérez-Reverte, la historia de un soldado veterano de los Tercios de Flandes, cuyas aventuras nos sumergen en las intrigas de la Corte de una España corrupta y en decadencia, en emboscadas en callejones oscuros o en las tabernas donde Francisco de Quevedo compone sonetos entre pendencias y botellas de vino. Para realizar las tertulias escogeremos un capítulo que se leerá cada semana, y los lectores especificarán, al menos, un párrafo que les haya llamado la atención por razones dispares: el gusto estético, relación con el entorno, problemática social, identificación personal, etc.

Después cada lector lee en voz alta el párrafo que ha marcado, comenta sus apreciaciones y el resto puede intervenir para revelar pareceres, dar argumentos distintos desde la reflexión y la anuencia. En este tiempo en que se rinde culto a los paradigmas científico y tecnológico, regocijarse de nuevo leyendo la palabra del otro, proveer la dimensión hereditaria de la sabiduría, venerar la emoción de la lectura, su enfática fragilidad, el tiempo ineludible para meditar cada palabra. La inclusión, esa diversidad de entornos y experiencias, la pluralidad siempre enriquecedora. Una actividad que contribuye a la mejora del aprendizaje y sosiega el clima del aula, incentivando la asertividad, la convivencia y el respeto a los demás y la solidaridad. Ese camino se acrecienta participando en foros, jornadas, portales web hasta erigir una comunidad de aprendizaje. El proyecto es tan completo y complejo como queramos y da coherencia a esfuerzos, en ocasiones muy individuales, y reaviva cualquier proyecto educativo.

La educación, en definitiva, como fuente de civismo, empatía con el prójimo y actitud receptiva.